

Las luces en tierra firme
Author(s): Arturo Uslar-Pietri
Source: *Revista Hispánica Moderna*, Año 13, No. 1/2 (Jan. - Apr., 1947), pp. 30-41
Published by: University of Pennsylvania Press
Stable URL: http://www.jstor.org/stable/30201735
Accessed: 15-06-2016 00:22 UTC

Your use of the JSTOR archive indicates your acceptance of the Terms & Conditions of Use, available at
http://about.jstor.org/terms

JSTOR is a not-for-profit service that helps scholars, researchers, and students discover, use, and build upon a wide range of content in a trusted digital archive. We use information technology and tools to increase productivity and facilitate new forms of scholarship. For more information about JSTOR, please contact support@jstor.org.



University of Pennsylvania Press is collaborating with JSTOR to digitize, preserve and extend access to *Revista Hispánica Moderna*

This content downloaded from 194.47.65.106 on Wed, 15 Jun 2016 00:22:06 UTC
All use subject to http://about.jstor.org/terms

LAS LUCES EN TIERRA FIRME

El siglo XVIII se abre en Venezuela con un hermoso y melancólico recuento del pasado.

El año de 1723, don Gregorio Hermosilla que tenía imprenta en Madrid, en la calle de los Jardines, terminó de imprimir una *Historia de la Conquista y Población de la Provincia de Venezuela.*

Varias cosas curiosas traía el libro, y entre ellas, un modesto título—no se llamaba «Belerofonte Occidental» o «Clío Vindicada», como era la moda del tiempo— y su tema: la olvidada y remota provincia de donde apenas venía cacao.

Su autor era don José de Oviedo y Baños. Nacido en 1669 en Bogotá y avecindado desde niño en Caracas, al amparo de su prestigioso tío el Obispo don Diego de Baños, se había establecido, había prosperado en riqueza y consideración social, se había casado con una Tovar y Mijares de Solórzano, y era Regidor Perpetuo del Cabildo.

Vivía en una de aquellas hondas casonas, llenas de penumbre, rumorosas de árboles, pobladas de almidonados esclavos, donde rechinaba cerrándose el claveteado portón para la hora de la siesta.

Don José era ratón de archivos. Se metía en los del Obispado, en los del Cabildo, en los de la Gobernación, y salía con un esclavo cargado de amarillos cartapacios.

Allí estaban viejas relaciones de los capitanes de los primeros tiempos de la conquista, capitulaciones, privilegios, peticiones, todo el apagado rumor de una historia caldeada y pintoresca, que después se había arremansado y dormido.

Lo que él se propone es «sacar de la cisterna del olvido» tantos memorables hechos. Cierto es que toda aquella historia del siglo XVI en Tierra Firme está, en informe acumulación, en el caos versificado de Castellanos; y aún con más orden en las lentas *Noticias* de Fray Pedro Simón, que van a servirle de principal guía. Pero ya son libros viejos, difíciles de hallar y hasta de leer, y falta en ellos todo el siglo XVII.

Oviedo sabe que no es un siglo esplendoroso en la vida de la Provincia. Contrastado con el resplandor de las hazañas, las guerras y las expediciones del anterior, parece opaco y tedioso. Ya nadie piensa en El Dorado. Ya nadie busca nuevas tierras. El único suceso del año es la cosecha.

La de ese siglo más próximo y que conoce mejor, sería en gran parte una historia de misiones. La marejada de la conquista es rápida, en cincuenta años penetra y cubre vastas tierras, pero luego se detiene y baja, dejando, como manchas de espuma, sobre los riscos de las cordilleras, los solitarios caseríos.

La historia se hace estática. Se convierte en vivir y esperar. Se arremansa en las grandes casonas. En las villas cerradas ante la inmensidad natural que las rodea. Es, desde entonces, un estilo de vida urbana, de villa española, poblada de almas y rodeada de campo desierto y hostil.

Las misiones también son estáticas. No van a penetrar al mundo natural, sino

This content downloaded from 194.47.65.106 on Wed, 15 Jun 2016 00:22:06 UTC
All use subject to http://about.jstor.org/terms

al contrario, a atraer al indio. En el lenguaje de la época se las llama, con poderosa intuición metafórica, reducciones. El indio se reduce, la naturaleza se reduce, se encierra, se urbaniza.

La misión no es una frontera móvil y viva. Es un establecimiento sedentario. Es la semilla de una ciudad.

La historia hispanoamericana no se entiende si no se mira este carácter urbano y estático que tiene la colonización. Verdadera frontera, dinámica, agresiva, desparramada, individual, no la hubo en América sino en el Norte, en la incontrastable marcha hacia el Oeste, y en el Brasil, que ha crecido penetrando líquidamente en sus «sertoes».

Esa historia en dos tiempos, uno heróico y expansivo y otro doméstico y de reducción, es la que escribe Oviedo. O la que se propuso escribir, porque, según parece, la segunda parte, la que debía tratar del siglo XVII, o no fué escrita o se ha perdido, pero en todo caso no llegó a publicarse.

La relación de Oviedo llega hasta el año de 1600. Termina con la Gobernación de Osorio un siglo pintoresco. Ya en los años finales, y es la inolvidable estampa con que se cierra su libro, entra a saco en Caracas un corsario de Walter Raleigh. Y un hidalgo viejo, Alonso Andrea de Ledesma, solo en un caballejo, mientras el empavorecido vecindario huye o se oculta, sale, con lanza y adarga, a dar el frente y a atacar a los invasores, hasta morir. Se le olvidó al historiador decir si llevaba yelmo o bacía de barbero en la cabeza, pero nosotros sabemos que, si no era el mismo, pertenecía a la numerosa casta del otro que vivió en un lugar de la Mancha.

La obra de Oviedo es un canto de orgullo en la raza y de amor a aquella tierra que él había hecho suya. La provincia tiene todas las bellezas y todas las perfecciones. La ciudad de Caracas le arranca un trémulo elogio lleno de sentimiento y melodía. Amaba la villa y sus gentes y su pasado. Y ese matiz de amor se preserva milagrosamente en su estilo y hace de su libro uno de los más hermosos y gratos de leer de toda la literatura indiana.

Oviedo escribe en la hora de expansión decadente del cultismo. El vicio de lo oscuro, de lo elaborado y de lo difícil llenaba el alma criolla. En las propias páginas liminares de su libro sus amigos poetas lo adornan con los más retorcidos mónstruos retóricos. Pero él parece permanecer curiosamente inmune.

No es que no sea barroco, sino que lo es de una manera contenida y mesurada.

Lo barroco es casi una condición de lo hispánico. Lo clásico, lo lineal, lo racional, es contrario a las profundas solicitaciones de su sensibilidad y de su emoción. No es un azar que el gran arte hispano-americano haya sido el barroco. Lo español se ha expresado con grandeza y universalidad avasalladoras en las épocas y en las formas no clásicas. En el gótico florido, en el plateresco, en el churrigueresco. En la Celestina, en el Quijote, en el Entierro del Conde de Orgaz, en las Meninas, en los fusilamientos de la Moncloa.

Pero Oviedo se despoja de lo más externo y formal de la tendencia, la limita, llevándola a un tono de conversación, de realismo.

Oviedo no quiere caer en el cultismo degenerado y lo dice: «El estilo he procurado salga arreglado a lo corriente, sin que llegue a rozarse en lo afectado».

Lo barroco para él, más que un lujo de formas, es una disposición del espíritu. Una ventana abierta hacia lo nocturno y lo informe. Como las iglesias de su pro-

This content downloaded from 194.47.65.106 on Wed, 15 Jun 2016 00:22:06 UTC
All use subject to http://about.jstor.org/terms

vincia. El dedo mágico del barroco no llegó a tocar sino con una ligera huella las blancas espadañas de cal y canto.

Tal vez era un estilo del lujo y la provincia era pobre. Cuando Oviedo escribe su historia, su pais no tiene grandes villas que puedan competir con México, Lima, Quito o Santa Fe, sino pueblones dormidos y dulces. Los señores llevan una vida sin lujos gracias al trabajo de los esclavos en las plantaciones. De tarde en tarde hay alguna tertulia, donde se toma chocolate espeso y soñoliento. Poco van a sus campos. Nada saben de los otros pueblones. Oyen las campanas.

Oviedo describe las hazañas de la conquista y las imponderables bellezas naturales, pero no se le oculta el atraso y la pobreza del país, que se han acentuado con la Guerra de Sucesión que ensangrienta a España al comenzar el siglo. Ya está viejo el historiador. Va a morir en 1738. Cuando termina el elogio de la Provincia advierte con velada melancolía: «si a su fertilidad acompañara la aplicación de sus moradores, y supieran aprovecharse de las conveniencias que ofrece, fuera la más abastecida y rica que tuviera la América».

Es entonces cuando aparece la Real Compañía Guipuzcoana de Caracas.

*

Un día del año de 1730 llegaron al destartalado puerto de La Guayra dos fragatas: la San Ignacio y la San Joaquín, y una galera: la Santa Rosa.

Eran las naves con que iniciaba su tráfico la Real Compañía Guipuzcoana de Caracas, fundada dos años antes por el Conde de Peñaflorida y otros próceres vizcaínos, con el apoyo entusiasta de Felipe V.

Entre el numeroso cargamento traían veintiseis cajones de libros y el personal para el manejo de la empresa. Esos libros, tan numerosos, no sabemos desgraciadamente cuáles eran, pero los hombres que venían a desarrollar la nueva organización, sí sabemos lo que eran.

No eran castellanos viejos, ni extremeños, ni andaluces. Eran hombres del Norte, del camino de Santiago, del Pirineo vecino de Francia, abiertos al rumor de París y a las ideas del siglo, y entusiastas de los nuevos rumbos que el Borbón trazaba a la vieja monarquía de los Austrias.

La Compañía de Caracas, que ha de vivir cincuenta años, es una empresa típica del afrancesamiento. Felipe V que trae las academias, el neo-clasicismo, la centralización de la administración, el regalismo, gusta del sistema colonial de las compañías, a la francesa y a la inglesa.

El ensayo se hará en aquella remota Venezuela, que produce buen cacao, donde la vida colonial no ha florecido en poderosas instituciones y tradiciones que puedan ofrecer una peligrosa resistencia. Allí va a ensayarse el monopolio comercial y allí va a entrar con los nuevos hombres el nuevo espíritu.

Ese nuevo espíritu era la antítesis de España. Toda su historia, desde el Renacimiento, no había sido sino la elevación de una muralla contra ese espíritu.

Hubo una época en que España se confundía con el resto de Europa, que llega hasta el primer tercio del siglo XVI, hasta que la Reforma empieza a mostrar, no sólo en lo religioso, sino en lo moral, en lo social, en lo económico, en lo político, toda la espantable extensión de su disidencia. Desde entonces España y Europa toman

This content downloaded from 194.47.65.106 on Wed, 15 Jun 2016 00:22:06 UTC
All use subject to http://about.jstor.org/terms

rumbos distintos, o por mejor decir, España permanece y Europa toma un rumbo distinto.

Ere rumbo distinto significó una profunda revolución, una inmensa crisis de todos los valores. El gran crítico francés Paul Hazard, que la estudia en uno de los libros más luminosos de nuestro tiempo, la llama: la crisis de la consciencia europea.

Esa crisis comienza en el siglo XVII. Dice Hazard: «todas las ideas que parecieron revolucionarias (en Francia) hacia 1766 y aún en 1789, habían sido ya expuestas hacia 1680». Y aún antes.

Esa crisis abarcó todos los aspectos. La historia, la ciencia, el método, la religión, el gobierno, los ideales individuales y colectivos. La civilización que se había estructurado sobre la idea de deber, de jerarquía, de autoridad, de orden, va a fundarse ahora sobre la idea de derecho. Aristóteles, los antiguos y hasta la Biblia dejan de ser autoridades. Frente al derecho divino surge el derecho natural. Frente al dogma cristiano, el deísmo y la religión natural. El tipo humano ideal no es ya el cortesano italiano, ni el «honnete homme» francés, sino el «filósofo», que es ese hombre escéptico que de todo duda, que no confía sino en su razón y que sabe que no hay misterio y que todo podrá ser explicado. Con el misterio, con la intuición, con los fantasmas se va también la poesía. Es la hora del gusto neo-clásico y los versos deben estar al servicio de la razón.

Contra todo eso ha estado la España católica, barroca y sentimental. La Contrareforma es su cruzada y su ideal humano es vivir como Cortés, o siquiera como Lázaro de Tormes, y morir como el Conde de Orgaz. Su arquetipo es Don Quijote o el héroe de Gracián, o el hidalgo que vive, como decía Unamuno, en su «economía a lo divino», pero nunca el «libertino», o el «filósofo» del siglo XVIII francés.

En ninguna parte la pugna de ese nuevo espíritu podía ser más dramática que en España. La tradición y el pueblo sentían amenazada su alma histórica. Los afrancesados fueron siempre una minoría, y España pareció permanecer al margen de ellos, hurañamente ajena.

La colonización a la romana de los españoles había tendido a hacer de las Indias nuevas Españas. Y lo habían logrado, en especial en los grandes centros. Los ricos virreinatos seguían viviendo en el siglo XVII, aun cuando algún virrey trajera con sus reformas borbónicas algún destello de «las luces» y le pusiera casa a la Perricholi.

Las luces no pasaban de ser una actitud elegante de la oligarquía.

Pero donde la tradición era débil, donde el siglo XVII no había tenido materia para construir, los ideales de la Ilustración hallaron el campo más abierto y pudieron dejar huella más honda.

Este fué el caso de Venezuela. Cerca de Europa, abierta al mar por una costa de contrabandistas, con las islas protestantes frente a los puertos, creció y se formó en gran parte en la época del nuevo espíritu. Pudieron ser más modernos sus criollos y de mentes más inquietas y abiertas.

La Compañía Guipuzcoana tuvo un gran papel en el desarrollo nacional. En sus primeros años estimuló el comercio, la agricultura, el progreso económico. Aumentó la producción de cacao y la de otros frutos. Y a la vez sirvió como revulsivo que provocó los primeros brotes de consciencia del organismo nacional.

Contra la Compañía se desarrollarán los primeros movimientos colectivos del país. A las puertas del Gobernador atemorizado llegará en 1749 Francisco de León

This content downloaded from 194.47.65.106 on Wed, 15 Jun 2016 00:22:06 UTC
All use subject to http://about.jstor.org/terms

«en nombre del común», con sus hordas de pardos, de indios y de negros de los campos, a pedir el cese del monopolio comercial.

No hay duda de que el organismo económico ha crecido. De que ya tiene consciencia de su fuerza y de sus intereses. Ya no es el país de aldeas aisladas del siglo anterior. Ahora hay muchos ricos señores que compran ostentosos títulos, que mandan sus hijos a educarse a Europa, que traen finos pianos ingleses para los vastos salones de sus casas.

Las nuevas ideas llegan a ellos por muchas vías. Tienen riqueza, están en los Cabildos, y empiezan a sentir el monopolio de la Guipuzcoana y las limitaciones del régimen colonial como absurdos obstáculos para su entera expansión.

Entre las cosas que la crisis de la Ilustración trae al mundo europeo, está una imagen de España. Es una imagen negra y monstruosa para satisfacer los rencores de los protestantes, de los negociantes de la «City» y de los «filósofos» de París. Su forma definitiva cristaliza en la famosa Historia de las Indias que el Abate Raynal publica en 1770.

Allí se pinta la colonización de América como una cadena de crímenes repugnantes, de increíbles atrocidades, y a los españoles como hombres crueles, corrompidos, sedientos de oro, posesos de una furia destructora, supersticiosos, ignorantes, sin ideales y sin cultura. Es muy significativo que una de las pocas cosas que Raynal no condena, sino que más bien elogia, es precisamente la Compañía Guipuzcoana.

Esa imagen de la historia colonial fué la que aprendieron los criollos afrancesados. El rostro de España que «las luces» les descubrían era ése. Una repugnante máscara. Cuando las trabas gubernamentales pesen sobre ellos, se reanimarán pensando que la «filosofía» está con ellos, e invocarán a Raynal como un profeta.

Venezuela se abre ávidamente a las luces. Ya en 1770 un clérigo, Valverde, en tesis sustentada en la Universidad repudia a Aristóteles y mantiene pública polémica.

En 1776 viene la creación de la Intendencia de la Real Hacienda, dotada de un Reglamento inspirado en las más nuevas ideas de progreso social y económico.

Al año siguiente se unifica el ámbito nacional dando a la Capitanía General las provincias que le estaban segregadas.

En 1788 se abrogan los privilegios de la Compañía y se establece la libertad de comercio. Barcos cargados de frutos irán a las Antillas para regresar con negros bozales para las labranzas.

Hay documentos de 1781 que prueban que ya para ese año los criollos principales conspiraban contra el imperio español.

Las nuevas ideas no circulan tan solo clandestinamente, en el equipaje de los vascongados y en los botes de los contrabandistas. Entran también sin disimulo por la puerta de la Universidad. En 1788, el clérigo Baltasar Marrero empieza a explicar la «moderna filosofía». Desde entonces en las tesis de grado, muchas de ellas premiadas, aparecen los nombres y las ideas fundamentales de Descartes, de Gasendo, de Locke, de Newton, de Condillac, de Lamark.

Toda esa fermentación ha de reflejarse en los espíritus. Ha de encarnar en hombres nuevos. En el criollo abierto al mundo.

¿De dónde van a surgir esos hombres? De todas las clases sociales.

Detrás de los vascos han empezado a llegar canarios. Isleños cultivadores y comerciantes que abren sus tiendas de géneros y prosperan entre el escándalo y el

This content downloaded from 194.47.65.106 on Wed, 15 Jun 2016 00:22:06 UTC
All use subject to http://about.jstor.org/terms

menosprecio de la oligarquía criolla, de los descendientes de los antiguos pobladores, de los «grandes cacaos», de los «mantuanos» cabildantes, leguleyos y terratenientes.

*

En Caracas, en la espaciosa casa del acaudalado isleño Sebastián de Miranda, nace en 1750 un niño.

Va a ser un hijo del destino. Francisco de Miranda será la primera encarnación cabal y una de las más completas del alma criolla.

Antes que en poemas, en instituciones o en filosofía de la vida, esa vida criolla, que ha fluído en aquellas casas vueltas hacia adentro, va a manifestarse en hombres, en almas. Y va a tocarle a aquella Tierra Firme del cacao, a aquella provincia venezolana sin piedra de talla, cuajar esas almas inimitables.

Lo primero que aparece en Miranda es la vitalidad. Esa desbordada afluencia del vivir que lo arrastra sin sosiego. Y luego aquella hambre de devoción, de creer, de servir. Cuando los hombres de la filosófica Europa se lo encuentren no sabrán entenderlo. Ya se han olvidado de lo español y les parecerá un ser de otro tiempo y hasta de otro mundo, lo que, en mucho, es cierto. En veces lo llegan a llamar Don Quijote, sin sospechar lo que se dicen.

Miranda es hombre de ir más allá. Los «mantuanos» de Caracas hostilizan a su padre, pero, aun cuando no fuese así, él nunca ha pensado en quedarse, en envejecer en la casona, en llegar a lucir una vara de Regidor en el Ayuntamiento. Él no pertenece, sino por el tono del alma, a su familia, a su villa y a su provincia. Su patrimonio es más que el que ha amasado el viejo Don Sebastián, su patria va a ser más que aquella Capitanía General, y su familia la más numerosa, remota y dispersa del mundo: los hombres.

Es hombre universal y sediento de lo absoluto. Un día será noble español, otro, coronel mexicano, otro, general francés, otro, agente inglés, otro, diputado de las Indias, a veces es cierto, a veces es fantasía o intriga, pero lo que siempre va a ser, en toda aquella larga, pintoresca y atormentada vida, es el caballero de un ideal casi inalcanzable, como nunca han dejado de serlo los mejores ideales: crear un mundo, una Colombia, una América libre y unida. Transformar, al fin, las Nuevas Españas en Nuevo Mundo.

Ese es el rasgo, unitario y universal, que él tiene, y que van a lucir los grandes hombres que surgen detrás de él en la tierra indiana, y esa es la dimensión heroica de su grandeza.

De Caracas se va pronto, no sin la amargura de las humillaciones hechas a su padre por la aristocracia criolla. Ha pasado por los claustros de la Universidad sin terminar sus estudios, pero la recordará enternecido hasta en la hora de su muerte.

Aquel mozo de veintiún años que se embarca en La Guayra, en la fragata sueca «Prince Frederick», es apuesto, fuerte, tiene una impresionante belleza varonil, es curioso de todo y tiene el don de ganarse la simpatía de los otros. Y empieza a llevar un diario de la navegación. Allí anota todo lo que observa, todo lo que ocurre. Es como una avidez de poseer, de incorporar, de conquistar y retener lo que pasa.

Toda su vida lo seguirá haciendo. Escribirá y apuntará todo lo que le ocurra, conservará todos los papeles que lleguen a sus manos: los planes para la libertad de

This content downloaded from 194.47.65.106 on Wed, 15 Jun 2016 00:22:06 UTC
All use subject to http://about.jstor.org/terms

un continente, el programa de un teatro, la receta para preparar un remedio, y anotará la visita al gran personaje, la descripción del palacio o del museo, lo mismo que el erótico incidente. Viajará medio mundo, se verá envuelto en terribles acontecimientos, pero sin abandonar nunca aquella caparazón de cajas y baúles repletos de papeles, de muebles, de libros, de porcelanas, de música para flauta. Viviendo y andando hacía el inventario de su siglo, que ha quedado en su archivo, extenso, rico, múltiple, en todas sus faces y aspectos mucho más que en las superficiales memorias del caballero Casanova.

Entra a España por Cádiz. El sino quiere que anote en su diario que ha estado en la Carraca, donde el ciclo de su vida se cerrará en tragedia media centuria más tarde.

De allí en adelante empieza a vivir de una manera hermosa y arriesgada.

Miranda ama la vida, las obras de arte, los palacios, los caballos, las sedas, los libros, el lujo y las mujeres. Ladies inglesas, preciosas del Directorio, italianas, rusas, escandinavas, holandesas, la dama aristocrática que lo recibía en su salón para hablar de filosofía y la criada de la fonda. Hay un calor de voluptuosidad que todavía calienta las vetustas hojas de su archivo. Ama la vida, pero no se detiene en ella, y por eso, en una época racionalista y todavía neoclásica, el es ya un héroe romántico. En él está eso que es más que erotismo en el Don Juan español, que adivinó Mozart y que entrevió Byron. El mundo es su solar y la vida su aventura, pero el drama está más allá.

Esos años que transcurren desde su ingreso de capitán en el ejército español, hasta que llega a los Estados Unidos, son decisivos en su formación y en la aceptación de su destino. Son años de Madrid, de Africa y al final de La Habana. Lee mucho y cultiva los hombres. Estudia a la vez dos o tres lenguas extranjeras. Funda sólidas amistades, como la de Cagigal y la de Turnbull.

En sus papeles está la lista de los libros que para 1780 posee en Madrid. Vale la pena mirarles el lomo. Son obras españolas, francesas e inglesas. De literatura, de ciencias, de arte militar, de historia y de la «moderna filosofía». Tiene allí al Quijote y a Bernal Díaz, frente a «Los Incas» de Marmontel y la inevitable Historia de Raynal. Tiene a Swift y a Pope y a Addison. El «Tatler», el «Spectator». Fragmentos y síntesis de la Gran Enciclopedia y los héroes del nuevo pensamiento Locke, Hume, Montesquieu, Grotius, Puffendorff.

Con aquellos libros en el equipaje y en la cabeza, viene con las tropas españolas a tomar parte en la independencia de los Estados Unidos. Es el primer pedazo de América que conquista su libertad y el primer país del mundo que se organiza de acuerdo con las nuevas ideas. Miranda está allí, en primer plano, observando, madurando, aprendiendo.

Cuando a los treinta y tres años, en medio de intrigas y de oscuros procesos, se separa del ejército español y se va a recorrer los Estados Unidos, comprende que ha empezado una nueva época de su vida. Ya sin duda ha aceptado la misión. Ya aquellos desdeñosos mantuanos de Caracas se han atrevido a escribirle alguna carta subversiva. Es el año de 1783. Un año cuya importancia no puede sospechar en ese momento Miranda. Le escribe a Cagigal, su protector, su intención de dedicarse a viajar y estudiar: «examinando personalmente con inteligencia prolija en el gran libro del Universo.

This content downloaded from 194.47.65.106 on Wed, 15 Jun 2016 00:22:06 UTC
All use subject to http://about.jstor.org/terms

En los Estados Unidos encuentra a los prohombres de la nueva nación. Lo entusiasman las virtudes públicas que observa. Admira a Hamilton, algo tienen en común que los hace comprenderse. Washington lo deja frío. Es demasiado: «circunspecto, taciturno y poco expresivo» para corresponder a la imagen que el criollo tiene del carácter de un héroe.

Todo lo mira con sedienta curiosidad. Lo que allí ha pasado, podría pasar también en la otra América.

Es indudable que en esa visita a la nueva República se han acabado de definir sus ideales. Ya va decidido a consagrarse a luchar por la independencia de América.

Todo lo que de allí en adelante va a sucederle no serán sino las variaciones sobre ese tema central. Parecerá evadirse por la ancha escena del mundo, pero no será sino para encontrarse. En el soneto con que encabeza sus papeles se describe el difícil camino para «acertar la Ciencia del Vivir». Esa ciencia, que él aprende con empeño, no tiene otro objeto que el de permitirle realizar su inmensa ambición. Toda su vida va a ser, desde entonces hasta el fin, aprendizaje y tentativa, como la de un artista.

El «gran libro del Universo» que él va a hojear con tan golosa mano, está lleno de encantos, en aquel siglo de tan espléndida madurez, para aquel hombre de treinta y cuatro años.

El Londres de 1784 lo deslumbra. Todo allí tiene una magnificencia admirable. Son, sin duda, los maestros de aquella ciencia de la vida, tan ardua. Pero él no se contenta con mirar, sino que quiere también que lo miren. Quiere causar impresión en aquellos aristócratas y lo logra. El aparece como el seductor representante de todo un mundo misterioso y atrayente. Toda la aureola del buen salvaje, de los incas sabios, del oro, de las torturas de la Inquisición, lo ilumina. Produce profunda impresión en todos los que lo conocen.

La Europa afrancesada que va a recorrer por cuatro años es precisamente aquella de la que dijo después añorante el viejo Talleyrand que, quienes no la conocieron, no conocerían nunca la dulzura de vivir.

Visita los palacios, las fortalezas, los museos, los hombres más famosos. Al rey de Prusia en medio de sus batallones de relojería, al maestro Haydn en el fabuloso castillo de los Esterhazy en la Puzta, al huronesco Lavater, que le hace un retrato fisiognómico. Va a la misa del Papa en la Sixtina, y en Bolonia recibe una lista de los jesuítas expulsados de América. Aquellos hombres expulsados de sus colegios y de sus reducciones, son los que mejor conocen el nuevo continente. Ellos le darán a Miranda informaciones inapreciables.

En aquella larga peregrinación se pone en contacto con todo lo que puede influir en el destino de su América. Todo cuanto ha tenido o va a tener significación en la vida criolla converge, en una u otra forma, en aquella personalidad: la España de Carlos III, los Estados americanos de la revolución, el Gabinete de Londres, los jesuítas expulsados; y después la revolución francesa, y Olavide, y O'Higgins y Bello y Bolívar.

El Conde de Miranda, el coronel Miranda, monsieur de Meyrat, o de cualquier otro modo que quiera llamarse, recorre a Italia, a Grecia, a la remota Turquía, y luego se aventura por Crimea en el imperio de la Gran Catalina. Allí también va a ser bien recibido. Es un «filósofo» del siglo, un ciudadano del mundo, un hombre que

This content downloaded from 194.47.65.106 on Wed, 15 Jun 2016 00:22:06 UTC
All use subject to http://about.jstor.org/terms

puede hablar de casi todo con propiedad. La vieja soberana lo colma de atenciones y le permite no quedarse a su servicio, porque ya ella sabe que tiene otra misión. Pasa por el Báltico. Visita los países escandinavos.

En 1789 está de regreso en Londres. Va a cumplir cuarenta años y ha visto abundantemente el gran libro del Universo y no ha dejado de anotarlo con inagotable curiosidad.

La revolución francesa empieza a desarrollar su encendida elipse. Lo que no logra obtener en Londres, tal vez pueda conseguirlo entre aquellos hombres, enemigos de lo tradicional y fanáticos de la libertad y la igualdad.

El año de 1792 cruza el canal de la Mancha y comienza aquella maravillosa experiencia que está a punto de llevarlo a la cumbre de la gloria o de precipitarlo al cadalso.

Como General del Ejército del Norte tiene una parte brillante en las primeras victorias de la revolución. Pero la traición de Dumouriez, su jefe, lo hace sospechoso. Va a dar al tribunal revolucionario y su brillante carrera se rompe irreparablemente.

Pero en aquella ocasión excepcional ha aprendido mucho, a conocerse mejor a sí mismo y a los hombres. En medio de los energúmenos ha visto brotar en su espíritu un íntimo ideal de serenidad y de orden. Se ha negado a promover una insurrección racial en las Antillas. Ya sabe que no podrá creer nunca en eso que él llama «la máxima execrable de los Couthon y Robespierre, de que el interés individual debe sacrificarse al interés público». Su ideal político está más cerca de la mesurada Inglaterra. Pero aquel aro de oro, que desde entonces le brillará en la oreja, será un nuevo prestigio para aquella personalidad tan compleja y atractiva.

Regresa a Londres en 1798. Vuelve a Francia en 1800. Tiene cincuenta años y está lejos de haber alcanzado la paz y la estabilidad.

Lo expulsan de Francia en 1801. Los nuevos amos desconfían de él. Napoleón lo cree un agente inglés y el poderoso Fouché no olvida que ha sido el amante de su actual amiga, la deliciosa Delphine de Custine.

Regresa de nuevo a Londres. Es entonces cuando vive en aquella grata casa de Grafton Street. Con sus papeles, sus libros, su porcelana, sus muebles, que él anota con amoroso cuidado en su archivo. Hay un busto de Homero, uno de Apolo y uno de Sócrates. Y allí está también, doméstica y apagada, poniendo orden en las cosas pero sin atreverse a ponerlo en los sucesos, aquella Sarah Andrews, que es el seguro puerto de ternura para el inquieto Don Juan que viene de las tempestades de Lady Stanhope. En 1804 Sarah le dará su primer hijo, Leandro. Otra reminiscencia neoclásica.

Su lucha de esos años, su lucha hasta el final, va a ser la de convencer a Inglaterra de darle apoyo al proyecto de la independencia americana, sin aspirar a ninguna compensación territorial o política. Siempre está al acecho de Pitt o de Wellesley, con su proyecto y sus razones. En la confusa política de principios de siglo, en aquel hacer y deshacer de paces y alianzas, el Gabinete británico tan pronto parece decidido, como se muestra displicente o contrario.

En 1805 se decide a volver a los Estados Unidos, en busca de sus antiguos conocidos para tratar de organizar una expedición.

Expedición que por desgracia se hace. No fué sino un largo camino de amargura

This content downloaded from 194.47.65.106 on Wed, 15 Jun 2016 00:22:06 UTC
All use subject to http://about.jstor.org/terms

desde que salió de Nueva York el 2 de febrero de 1806 hasta que regresó a Londres en 1808.

El «Leandro» con su imprenta, con sus aventureros, con su nueva bandera, con su extraño general, parecía acercarse a un país hostil y cerrado. No eran muchedumbres entusiastas las que salían a recibirlo y a tomar las armas. Sino el desembarcadero desierto, la soledad de la villa abandonada, la inmensidad sin vida donde parecía perderse el grito sin eco.

Allí hubieran concluído el aprendizaje y la tentiva. Nadie tenía el derecho de exigirle más. Pero él ni renunciaba, ni se resignaba.

Ya es un hombre de sesenta años, el que en 1810 sale a abrir la puerta de la casa de Grafton Street. Son tres jóvenes venezolanos que llegan con grandes nuevas: Simón Bolívar, Luis López Méndez, Andrés Bello. El de más edad tendría treinta años. Vienen a anunciarle que la Capitanía General de Venezuela, sacudida por los acontecimientos de España, ha asumido su autonomía bajo el gobierno de una Junta, y que ellos han sido Diputados para alcanzar el apoyo de la Gran Bretaña para una eventual proclamación de la independencia.

No necesitaba más el viejo caballero. ¿Qué otra cosa podía hacer sino volar a su tierra a dar su ayuda? En Londres se queda Sarah Andrews con los hijos.

Él regresa, después de cuarenta años de ausencia, a aquella ciudad que ya no conoce. No conoce a los hombres que lo rodean, sino a lo sumo a sus padres difuntos. Trae demasiada historia y demasiada leyenda consigo para no despertar sospechas y herir pueblerinas suceptibilidades.

Para muchos, que siguen siendo los mismos orgullosos mantuanos, él no ha dejado de ser el hijo del isleño.

El fracaso de Miranda era inevitable. Él, que pensaba en una democracia a la inglesa, veía desarrollarse amenazadores los elementos de la desintegración y de la guerra social; él, que no concebía sino la unidad americana, veía brotar las más mezquinas formas del cantonalismo. Hablaba casi en otra lengua. Cuando le dan la noticia fatal de la pérdida de Puerto Cabello y del avance de Monteverde, exclama en francés: «le Venezuela est blessé au coeur».

Tampoco lograba él entender a los más de aquellos mozos turbulentos. Parecía haber llegado a ser un Generalísimo y un Dictador de irrisión.

Cuando ya todo parece estar perdido, se retira a La Guayra, después de firmar la capitulación. Ya nada le queda que esperar. Ya sus voluminosos papeles están a bordo del velero inglés y él se embarcará por la mañana. Pero en la madrugada hay ruido, y con linternas y armas aquel Simón Bolívar y otros, irrumpen en su habitación para hacerlo preso. Se frota los ojos cansados, oye como ausente, y dice: «¡Bochinche, bochinche! Esta gente no sabe sino hacer bochinches».

Allí parecen cerrarse la ciencia de la vida y el gran libro del Universo. El aventurero prodigioso, de prisión en prisión, irá a dar a la Carracas de Cádiz, y allí, soñando con la fuga y con la libertad, morirá el 14 de julio de 1816.

La Venezuela y la América toda de su tiempo se expresaron en él, en su ser y en su pasión, con una plenitud a la que se acercan tan solo algunas pocas obras de arte.

Fué el insuperable mensajero de un mundo nuevo para la Europa en crisis de consciencia, y fijó para siempre los rasgos de la grandeza criolla: la devoción a un ideal absoluto y el sentido de la unidad.

This content downloaded from 194.47.65.106 on Wed, 15 Jun 2016 00:22:06 UTC
All use subject to http://about.jstor.org/terms

Fué también la primera vez que de una casona colonial, la de Sebastián de Miranda en Caracas, salió un personaje de la historia universal.

*

La Venezuela que entra en la historia toma su forma definitiva en el siglo XVIII. En esto se parece a la Argentina, al Brasil, a los países de la vertiente atlántica. Los grandes virreinatos de la cordillera pertenecen al siglo XVII.

En los dos primeros siglos de la colonia no ha tenido arquitectura, pintura, ni escultura policromada. Esas joyas de piedra o de color que iluminan los altos valles de México, Quito, el Cuzco y Bogotá, le son ajenas.

Su primera gran expresión artística va a ser en música, y de espaldas al barroco, en una inspiración clásica.

En 1760 nace en Caracas Juan Manuel Olivares. Pertenece a la modesta clase de los pardos.

El adolescente sensible y ávido se encuentra con el Padre Sojo, quien anda empeñado en formar músicos. Va a brotar algo de prodigioso de aquel contacto. Olivares, que morirá de treinta y siete años, va a ser en su breve paso, no solo un excepcional creador de belleza, sino el centro y el guía de un asombroso y espontáneo florecimiento musical.

Por los años en que nacen Bello y Bolívar, el Padre Sojo le encomienda a Olivares la dirección de una escuela de música que establece en la aldea de Chacao, aledaña de Caracas.

Con la cooperación de Mohedano y de Blandín traen partituras e instrumentos de Europa. Ejecutan música de Pergolessi, Corelli, Scarlatti, Haydn y Mozart.

Bajo los copudos samanes la medida armonía vuela aleteando deslumbrada en la luz del mundo nuevo.

Allí se forman, en el descubrimiento del sinfonismo, muchos músicos que en la historia del arte americano tienen su puesto junto a Miguel de Santiago, el pintor, Caspicara, el escultor, y Tresguerras, el arquitecto.

No fueron simples imitadores del clasicismo europeo José Angel Lamas, José Antonio Caro de Boesi, José Francisco Velázquez, Lino Gallardo, Cayetano Carreño, Juan José Landaeta, Pedro Nolasco Colón, para no nombrar sino algunos de aquellos que brotaron en la escuela de Chacao.

Dentro del aire común que los une y les da importancia colectiva de movimiento, afirman sus ricas personalidades.

En los temas religiosos que componen, atados a una equilibrada objetividad clásica, pasa un soplo de América tan solo comparable al que el artesano indio puso en la decoración barroca.

Hay una emoción criolla inconfundible en la pasión contenida que trepida en los profundos ecos pre-románticos del «Pópule meus» de Lamas. Pueblo suyo es el que alienta estilizado en esa música. Quien la oye, con sensibilidad abierta a lo plástico y a lo histórico, tiene que comprender que es culminante expresión del siglo XVIII *criollo,* expresada donde lo criollo pudo allegarse mejor al siglo XVIII.

Los jóvenes que se forman hacia el fin del siglo están en cercano contacto con Europa, reciben y comentan los libros de la Ilustración, conocen el lujo y la riqueza,

This content downloaded from 194.47.65.106 on Wed, 15 Jun 2016 00:22:06 UTC
All use subject to http://about.jstor.org/terms

oyen la leyenda de Miranda, aspiran a ser racionales, libertinos y filósofos, sueñan con Washington, fundan tertulias literarias y, de tarde en tarde, van a Chacao a oir un concierto.

Cerca del corredor donde se ponen los músicos, se mecen en la brisa unos arbustos cargados de rojas cerezas. Son cafetos recién cultivados en el valle. Los ricos terratenientes de la Provincia, cultivadores de cacao, de caña y de añil, los examinan con benévola curiosidad.

El cultivo del café va a extenderse pronto y a producir inesperadas consecuencias. La base de la vida económica, que estaba en las tierras bajas de labranza y pastoreo de la provincia de Caracas, va a desplazarse hacia las montañas y a llevar, con la nueva planta, la riqueza, la población y el trabajo, hacia las aisladas y solitarias cuestas de la cordillera.

Y aquellos jóvenes inquietos y ávidos ya no van a beber el lento chocolate de sus padres en la tertulia tradicionalista, sino a tomar el excitante café de los conspiradores.

Cuando el Conde de Segur llega a Caracas en 1782, o Depons, o Humboldt en 1800, van a ver la estampa de una deliciosa corte de las Luces transplantada al trópico americano, que muy poco recuerda la amodorrada villa que Oviedo y Baños describiera, sin que «le faltara circunstancia para acreditarla paraíso».

Con un preludio musical se anunciaba la tragedia.

ARTURO USLAR-PIETRI

COLUMBIA UNIVERSITY

This content downloaded from 194.47.65.106 on Wed, 15 Jun 2016 00:22:06 UTC
All use subject to http://about.jstor.org/terms